

CAPÍTULO V.

DÁSE CUENTA DE LO QUE PASÓ EN LA MESA DE ANTON ZOTES.

No es nuestro ánimo hacer una pomposa descripción de la gran mesa, ni referir el orden de asientos que guardaron entre sí los convidados, ni mucho ménos, dar al lector una menuda é individual noticia de los platos que se sirvieron en ella. Pues, sobre que podria parecer á muchos una prolijidad impertinente, no faltarian algunos, que la calificasen de impropia y muy agena de aquella magestad, que debe reinar siempre en esta graciosísima historia, en la cual nunca pueden hacerse lugar, noticias que no sean de la mayor importancia; porque si bien no pocos historiadores nos han dado en esto, ejemplos harto perniciosos, haciendo en las suyas, cosas harto estravagantes y ridículas; como el que se paró muy de propósito á tomar medida de las bragas de Calígula, haciendo una pintura de su córte, y previniendo con toda seriedad, que se las ataba con abujetas, y no con botones ó corchetes, que era lo más regular en aquel tiempo: y el otro, que refiriendo aquel caso (cierto ó dudoso), cuando el rey Don Pedro el Cruel, se arrojó con la espada desnuda, para matar al legado de Pavía Aguarchlin, que le habia descomulgado

desde un barco, que estaba prevenido, y este se escapó á fuerza de remo; con cuya ocasion el bueno del historiador, se nos entretiene en medir los piés que tenia el barco de largo, de los que constaba de ancho, cuantos eran los remeros de que iban vestidos, sin omitir el color de las barretinas; y nos advierte que llevaban bordado de realce en ellas, el escudo ó las armas de Don Enrique, conde de Trastámara, hermano y competidor de Don Pedro. Digo, que estas y otras menudencias, que nos refieren los historiadores, son ejemplos más admirables que imitables, y que á nosotros no ha parecido muy conveniente, respetar con una profunda veneracion, y temperarnos en seguirlos. Fuera de que, habiendo hecho ya una puntual descripción topográfica de la casa de Anton Zotes, á la misma entrada de esta nuestra verídica historia, con su figura de invenciones y repartimientos, le será fácil comprender á cualquiera lector, (por escasa que sea la sagacidad de que le haya dotado el Cielo), que dentro de la casa no era fácil encontrar pieza cubierta, capaz y proporcionada para tantos convidados; porque la primera que era la única que habia, estaba ya empleada legítimamente en otro necesario destino, como lo dejamos advertido en el capítulo III, de esta segunda parte: y aunque hubo votos de que se despejase para poner las mesas en el pajar, no lo permitió la discrecion del mayordomo; lo primero, porque era lugar indecente; lo segundo, porque dar de comer á los convidados, dónde estaba la despensa de lo que habian de comer las bestias, podia parecer pulla, y era dar asunto, para que sacasen coplillas y cantares; lo tercero, porque

¿dónde se había de echar la paja? Porque todo el cuarto estaba entoldado de telarañas; y lo cuarto finalmente, porque no había otra entrada para el pajar, que el boqueron por dónde se entraba la paja, desde el cual, hasta el pavimento había más de seis varas.

Esta última enfecultá, dijo un compadre de Anton Zotes, que asistía á las consultas, no me hace ninguna fuerza, porque con bajar los señores por la escalera de mano, por dónde bajan los mozos cuando el pajar llega á las escorreduras, estaba todo acabado. Y ¿cómo se había de servir á la mesa? replicó el tío Anton Zotes. ¿Cómo? respondió el compadre; subiendo y bajando los servidores, en sino con una estratagema sutil, que ahora se me incurre. Había más, de que estuviesen dos mozos arriba del boqueron, en dos hernadas atadas con sus sogas, y que por ellas subiesen y bajasen los platos que habían de recibir ó enviar las mozas que estuviesen en bajo. Compadre, esta enfecultá no vale nada para las otras, sino que no toma absolucion.

Por todo lo cual es verosímil, que las mesas se pusieron debajo de aquel cobertizo que estaba á la primera puerta anterior de la casa, en frente por frente de la que caía á la calle, del cual dimos exacta noticia en el capítulo primero, libro primero de esta circunstanciada historia, y mas habiendo para eso la congruencia de estar muy inmediata la cocina, cosa que conduce mucho para que los platos salgan calientes á la mesa; como lo notó sábiamente Monsieur Henriquez, primer cocinero de Su Alteza Real el señor duque de Orleans, en su docto tratado del *cocinero á la moda*, capítulo segundo del sitio dónde

se debe colocar la cocina. *Il faut mettre la cuisine le plus proche qu' il sera possible de la salle à manger, pour la raison que les viandes, etc. Il faut*, palabras dignas de eternizarse en la memoria de todos, y que nos ha parecido conveniente traducir con la mayor fidelidad, para que no se priven de ellas los que tienen la desgracia de ignorar la lengua francesa. Conviene, dice el autor docto, que se fabrique la cocina, lo más cerca que sea posible, del cuarto dónde se come; y es la razon, porque así los platos saldrán á la mesa con el temperamento con que deben salir; esto es, (añade en su erudita nota el anónimo escoliador), ni más frios ni más calientes de lo que conviene.

Por lo que toca al orden de asientos, es natural que ocupase el primero en cabeza de mesa el magistral, como persona más digna, teniendo á sus lados al Padre Vicario de las monjas, y al canónigo Don Bartolomé, el cual quiso absolutamente que Fray Gerundio, se sentase junto á él, pues aunque por estar de casa, le tocaba ocupar los últimos asientos, y él por su modestia, así lo pretendió, pero por nóvio (digámoslo de esta manera), convinieron en que le correspondía sentarse de los primeros; y aunque añadieron muchos, que su madre la tía Catanla, debía sentarse junto al hijo, para que comiese con más gusto, y la buena de la Rebollo, sin hacerse de rogar, lo ejecutó luego así. Los demás convidados tomaron sus asientos sin preferencia personal, observando solo la de los estados, porque así lo dispuso el familiar con mucho acierto, diciendo: Señores, la Iglesia tiene ya erringlado el cerimonial; lo que platica en

las procesiones, hemos de platicar en gracia de Dios en esta mesa. Primero frailes, despues los señores curas, detrás los legos, y en la trasera de todos las mujeres, porque este ganado allá se entiende.

No parece que llevó muy bien ese repartimiento el hermano Bartolo (así se llamaba el donado); por lo cual dijo al familiar: Hermano síndico (éralo de su convento), si su caridad no entiende más de cosas de Inquisicion que de asentaderos de mesa, dígo-le, que es un probe ministro. La percision es percision, y la mesa es mesa: va tanta endiferencia de la una á la otra, como de mí al Padre Santo. Para sentarnos frailes junto á frailes, estuviéramonos en nuestros conventos. Lo que yo he visto siempre en mesas de respeto (porque aunque probe y pecador, he comido con muchas personas que tienen Señoría) es, que las señoras se sentaban junto á los frailes, y los frailes en junto á las señoras, siendo este un lobítico (levítico quería decir) muy arreglado á conciencia y á razon, porque por fin y postre todos tenemos faldas, y como dijo el otro, *la variedad es madre de la hermosura*; y para que su caridad lo sepa todo, hubo ocasion en que me mandaron sentar en junto á sí..... Iba á proseguir, pero un religioso de la misma órden y del mismo convento, que habia llegado aquella mañana, le atajó, diciendo: Hermano síndico, no haga caso de este simple, pues ya le conoce; como no ha dicho misa ni comulgado, harto será que esté en ayuno natural. Lo dispuesto está bien dispuesto, lo contrario ni es modestia ni aún decencia religiosa. Si el derecho canónico encarga severamente, no solo á los religiosos, sino aún á los mismos clérigos se-

culares, que huian en cuanto les sea posible de los públicos convites: *Convivia publica fugiant*; ¿qué parecerá un religioso en un convite público, sentado entre dos mujeres, ó una mujer sentada entre dos religiosos? No se atrevió á replicar el hermano Bartolo, y todos tomaron sus asientos segun la prudente disposicion del sesudo familiar.

Dióse principio á la comida, segun la loable costumbre de Campazas en mesas de mayordomía, con un plato de chanfaina: hubo cordero asado, sus conejos, su salpicon, su olla de vaca, carnero, eecina, chorizos y jamon, todo en abundancia, sirviendo de postres aceitunas, pimientos y queso de la tierra. Supónese, que no solo andaba rodeando por las mesas el vino del Baramo, sino que el de la Nava hizo rodar por aquellos suelos á más de dos convidados. No fué de este número el hermano Bartolo, porque no llegó á tanto la virtud del específico; pero á lo ménos al cuarto trago (que hay opiniones se completó al acabar el plato de chanfaina) no pudo llevar en paciencia tanta gravedad, mesura y silencio, como se observaba en la mesa, sin hacerse cargo, de que así comienzan por lo regular todos los convites, que acaban en bulla, algazara y aún locura, segun aquel apóstegma: 1.º *Silentium*. 2.º *Stridentium*. 3.º *Rumungenum*. 4.º *Vociferatio amentium*. Pero como el donado no entendia latin, no le paró perjuicio la ignorancia, y queriendo desde luego alegrar la funcion, tomó en la mano un vaso de buen portante, se encará con la tia Catanla, y diciendo en voz alta, *bomba*, para llamar el silencio y la atencion, rompió en esta disparatadísima décima, que así la llamaba él:

O tú, Catanla Rebollo,
 Madre de este Científico repollo,
 Eres la madre más dichosa
 De cuantas han parido alguna cosa.
 La fama con su clarín y retintín,
 Hará que llegue tu gloria
 Desde Campazas, hasta Victoria;
 Y es lástima, como dicen estos señores;
 Que no paras una camada de predicadores.

Aplaudióse infinito la décima, con repique universal de vasos y de platos, siendo como la señal de acometer; pues desde aquel punto fué bulla, zambra y algazara, tanto que se atropellaban unos á otros los brindis y las coplas.

El canónigo Don Bartolomé, que no deseaba otra cosa para soltar la rienda á su festivo humor y á su admirable facilidad en el decir, tomó el vaso, gritó *bomba*; callaron todos, y dijo así:

Yo no he oído sermón tal,
 Ni se oyó de polo á polo;
 La décima de Bartolo
 Solo puede ser igual.
 Está mi juicio neutral;
 Y tanto el contexto aprieta,
 Entre una y entre otra veta,
 Que es la salida mejor,
 Que uno es tan gran orador,
 Como el otro gran poeta.

Solo el magistral, algunos de los religiosos, y tal cual clérigo, á los cuales se añadió el socarrón y cortezudo familiar, entendieron lo latino de la decimilla; los demás se la tragaron como sonaba, y especialmente á los dos interesados les hizo muy buen provecho. Pero el donado se esponjó visiblemente;

y Fray Gerundio que entendía tanto de versos castellanos, como de sermones, quedó muy agradecido. El familiar, hombre en extremo veraz, y que no podía disimular lo que sentía, dijo con mucha gracia: ¡Mal año para los que me quieren mal! si tu coplilla no me ablanda: ella se me asemeja á lo que respondió un fraile muy taimado, á quien le pregunté: ¿cuál de los dos hermanos míos, también frailes, que vivían en su convento, era mejor estudiante? Y él respondió, ambos son peores. El predicador Fray Blas, que había callado hasta entónces, no pudo llevar en paciencia la pulla del señor familiar, y como él se picaba también de poeta, y en realidad era de aquellos poetillas en ciérne, que saben de lo que consta un verso, y toda la gracia la ponen en equivoquillos insulsos y pueriles, desenvainó al punto su décima, y mirando de hito en hito al familiar, habló de esta manera:

El sentido singular,
 En que el Familiar se explica,
 Aunque repica, no pica,
 Que es estilo familiar:
 A Fray Gerundio alabar
 No me toca, si al Donado,
 El cual dijo de contado,
 Que si es bueno es lo mejor;
 Pero será lo mayor
 Como sea mal Donado.

Aturrullóse el familiar, y se quebraron algunos vasos y aún platos en fuerza de los repiquetes, con que fué celebrada la décima de Fray Blas, especialmente cuatro curas quedaron asombrados, porque aquello, de *pique y repique*, el familiar, buen dona-

do y mal donado, les aturdió verdaderamente, pareciéndoles, que era hasta donde podía llegar el ingenio humano. Conociólo Don Bartolomé y para burlarse de los curas, tanto como del poeta, prorumpió al instante en estas dos quintillas:

Tus equívocos, Fray Blas,
Nos admiran, como soy
Mas perdonen los demás,
Porque hoy admirado estoy.
Que no sean muchos más.
Pues tu ingeniosa cabeza
Se equivoca sin prelude,
Con tal primor, tal destreza,
Que lo que parece estudio
Es en tí, naturaleza.

Tragósele Fray Blas, teniendo por lisonja la satirilla; y pareciéndole á Fray Gerundio que era obligación suya corresponder á los elogios que se dedicaban á su amigo, (ya que á este no se lo permitía la modestia), quiso tambien sacar los piés de las alforjas poéticas; pero como no tenia uso, le costaba mucho trabajo: esto se entiende, para encontrar los consonantes, pues por lo que toca á los piés, no tenia dificultad en sacarlos ajustados, por lo mucho que le gustaba el estilo cadencioso. Pero salió fácilmente del empeño, acordándose en aquel punto de una décima, que se atribuye á Don Francisco de Quevedo, cuando estaba preso un San Marcos de Leon, que dicen la compuso á un canónigo de aquella santa Iglesia, que se intitula *Santa María de Regla*, el cual era gran copleador, pero muy poco asistente al coro. La décima decia así:

La musa de mi compadre
Con efecto, es musa bella;
Y sino es musa doncella,
Es en cambio musa madre:
No hay cosa que más le cuadre,
Porque ya es basa asentada,
En soltera y en casada,
Como Hipócrates lo arregla,
Que si la falta la regla,
Parirá ó está preñada.

Disimuló don Bartolomé la insulséz, y aún afectó celebrarla con mayor agudeza, para tomar ocasion para volver á la carga en los aplausos de Fray Gerundio. Pero la suspendió, porque á este tiempo tocó al vaso el padre vicario, haciendo señal de *bomba*. Callaron todos, y después de calzarse bien los anteojos, componer el becoquin, desahogar el pecho, empuñar el vaso, y mirar con gravedad y con desden á todas partes, dijo así con mucho remilgamiento:

Sermones ó de circunstancias,
Pero tan circunstanciados como este,
O Gerundio, ¡Orador siempre divino!
No eres Gerundio, sino supino.

. } *Faltan otros*
. } *cuatro piés.*
. }

Un poco se paró don Bartolomé al oír esta octava, y como que concibió un poco si es no es de respeto al padre vicario, teniéndole en más que predicador de cofradía, porque si la octava era irónica, mostraba ingenio, buena critica y bastante travesura: no obs-

tante le quedó algun escrúpulo, de que el padre vicario hablaba en todos sus cinco sentidos, porque sus modales, su aire presumido, y su afectado remilgamiento, le daban un no se qué de tufo, de que tambien era de los Predicadores del uso, y que debia de ser un poco más inocente de lo que parecia. Para sondearle, pues, le dijo con su acostumbrada picaresca: Padre maestro, á excepcion del señor magistral y de estos reverendísimos, todos los demás que estamos en la mesa, somos algo legos, aún incluso los de corona; pues ya sabe vuestra reverendísima que tambien hay eclesiásticos de capa y espada, y no entendemos más de libros que el Breviario; y aún este sabe Dios si le entendemos. No podemos hacernos cargo de quienes son aquellos autores que su reverendísima ha citado en su eruditísima octava, que está por todos sus piés chorreando alusiones exquisitas. Sin duda, que debieron ser los príncipes de la oratoria española, cuando vuestra reverendísima los trae á colacion, para cotejar con el ilustrísimo y reverendísimo maestro Fray Gerundio.

¿Y cómo qué son? respondió con mucha tiesura y pomposidad el padre vicario; á lo ménos en mi pobre juicio, hasta que oí al padre Fray Gerundio, no hallé quien les excediese, especialmente en tocar con mayor primor y delicadeza las circunstancias más menudas, que por lo ménos son las precisas.

El primero, en su sermón á cierta funcion de jubileo, concedido nuevamente por Su Santidad, queriendo hacerse cargo á un mismo tiempo, así del nuevo jubileo, como de un esquilo nuevamente fundido, que pocos días ántes se habia colocado en el

campanario de la Iglesia, trazó oportunamente aquello de *ecce nova facio omnia*; y añadió inmediatamente aquello de *laudate eum in cymbalis bene sonantibus*. Los textos son comunes, pero la aplicacion fué singular y pasmosa.

El segundo, no se le escapó la rara circunstancia de haberse puesto peluca la primera vez en el mismo dia de la funcion el mayordomo de la fiesta, á que predicaba; y habiendo hecho una bizarra pintura de los cabellos de Absalon, dijo, que su padre David mandó que se los cortasen, luego que tuvo noticia de su infausta muerte, cuando quedó colgado de ellos; y dando orden para que de los mismos cabellos le hiciesen una cabellera rizada, se la puso en el mismo dia que fué danzando delante de la arca.

El tercero, tuvo muy presente que la mayordoma habia parido un niño muy rollizo, á la cual llamaban en el lugar *la princesa* (no se sabe si por sátira ó por mote); y con la mayor gracia y primor imaginable, se le ofreció de repente encajar en la salutacion aquel oportunísimo lugar de *puer natus est nobis, et filius datus est nobis, datus est principatus super humerum ejus*: cosa que aturdiera á todos cuantos le oyesen, y que desde que la lei no he dejado de admirarla.

Iba á proseguir el padre vicario; pero el canónigo le atajó, diciéndole: Padre maestro, no se canse vuestra reverendísima que por el hilo se saca el ovillo, y sobra lo dicho para que ya conozca con cuanto razon, con cuanto candor y sinceridad religiosa celebra vuestra reverendísima á esos héroes de nuestra oratoria española. Del cuarto ya tengo yo alguna

noticia, desde que leí un epígrama de Horacio, que le aplicó un mal hablador, con ocasion de no sé que sermon que predicó satirizando otro desempeño, cuyos aplausos parece que no le sonaban muy bien, y el bellacon del deslenguado (Dios me lo perdone) aludiendo á que el tal orador debia de ser corto de persona, pero presumido de hombre grande, y de lindo entendimiento, dijo por bufonada:

Bellus homo, et magnus vir idem Quota videri
Qui bellus homo est, Quota puerilis est.

Pero ahora dígame V. reverendísima ¿qué es lo que quiso decir en este último concepto de su admirable octava, conviene á saber, que nuestro admirable orador ya no es Gerundio, sino supino? Porque si es lo que comprehende mi malicia, harto será que esto ceda en mayor elogio suyo. Señor canónigo, respondió, no sin alguna sinceridad el padre vicario: yo no sé lo que su malicia de V. comprende ni deja de comprender, porque yo no soy amigo de meterme en malicias ajenas. Lo que sé es, que la inteligencia de aquel concepto está dada: el supino es lo último á que pudo llegar todo verbo, y no puede pasar de allí. Véalo V. sino *amo-as-are-avi-atum; lego-gis-gere-gi-ctum; doceo es-ere-cui-octum; lectum, amatum y doctum* son el supino de estos verbos, los cuales todos paran en él: y no hay que andar dándose vueltas, que no me señalará V. siquiera un verbo, que dé un paso más adelante. Pues ahora está claro lo que quiero decir; y es que así como el supino es el *non plus ultra* de los verbos, así el Rdo. padre Fray Gerundio (al decir esto hizo ademan de quitarse el

becoquin de respeto y reverencia) es el *non plus ultra* de los predicadores.

Tambien lo es vuestra reverendísima de los poetas agudos, respondió el taimado de don Bartolomé, y apuesto á que ningun ingénio daba en la genuina explicacion del pensamiento, si vuestra reverendísima no nos hubiera hecho la honra, ó por hablar al uso, no hubiera tenido la bondad de explicárnosle. ¡Lo que es no entenderlo! Como yo habia leído no sé en donde, que en latin á un hombre tardo, rudo, y que todo lo trastorna, se llama *supino*, y tambien se aplica este significado á los perezosos, haraganes y galbaneros, que todo el dia se están, como quien dice, *con la panza al sol*, confieso que me sobrecogió algun tanto, cuando oí el acabamiento de la octava; y pareciéndome que podia ser pulla, ya estaba con la musa en el ristre, para volver por el decoro de nuestro incomparable orador, al cual, sin hacerle injusticia, no se le podia aplicar el epiteto de *supino*, en ninguno de los significados que yo le atribuia; porque ni tiene nada de haragan ni perezoso, siendo la misma laboriosidad, ni mucho ménos se puede llamar tardo ó rudo de ingénio, pues yo no le he conocido hasta ahora más delicado, como lo acredita cada rasgo del sermon que acabamos de oirle.

Confieso que el *supino*, en este sentido, lo soy yo, pues no caí en una significacion que se está viniendo á los ojos: tambien declaro, para descargo de mi conciencia, y para mayor confusion, que ya no me parece el nombre de *Gerundio* tan propio, y tan adecuado á los méritos del padre predicador, como lo seria el de *supino*. Antes de haber oido la ingeniosa

y cabal significacion, juzgaba yo que no habia otro mejor en toda la nomenclatura.

Llámase así, señora Catanla (porque somos deudores á todos) aquel vocabulario, *almacen ó dispensa* de donde se sacan los nombres propios, nuestros principios..... que no habia, vuelvo á decir, en toda la nomenclatura, otro nombre más acomodado al talle de nuestro modelo de predicadores, que es nuestro Gerundio, porque los gerundios son los que dan á conocer el carácter de los sugetos con quienes tratamos. Y así á un hombre de condicion altiva y furiosa, le llamamos *hombre tremendo*; á un religioso grave, autorizado y respetable, le damos el título de *padre reverendo*; á uno que sea maligno, *disoluto y contagioso*, y más si está públicamente excomulgado, le distinguimos en el arrimadizo de *vitando*; y sabe ya el docto, que *vitando, tremendo y reverendo*, son tan gerundios en nuestra lengua, como lo son en la latina, *cænandus, prandendus, potandus*.

Esto supuesto, desde que tuve la dicha de conocer, tratar y oír al padre Fray Gerundio, discurría yo así: *Este es un hombre verdaderamente admirado, estupendo: preconizado y colendo, los cuales todos son legitimamente gerundios, ó no los hay en el mundo.* Luégo se le puso el nombre de Gerundio con la mayor propiedad imaginable: pero desde que oí á vuestra reverendísima digo y vuelvo á decir, que harto mejor le cuadra el de *supino*; porque este es mucho mas, y se entiende sin perjuicio de los aciertos y de la discrecion del señor Quijano su dignísimo padrino, que fué quien se le puso.

El buen licenciado, que en toda la comida habia

cerrado la boca, pero tampoco la habia abierto para hablar, sino parte para comer, y parte para admirar los grandes elogios, que á su modo de entender se habian dicho en la mesa de su querido ahijado, solamente respondió: Señor don Bartolomé, yo soy un pobre clérigo, que no entiendo de esas honduras: algo estudié de gerundios y supinos, pero jamás me metí en cual era más, cual era ménos, porque no soy amigo de revolver huesos, que al fin son cosas odiosas. Si á Fray Gerundio le puse este nombre y no otro, mi razon me tuvo que no es menester decir á nadie; lo que podré asegurar á V. es, que mi ahijado allí donde V. le vé, tan conocido ha de ser con el nombre de Gerundio, como puede haberlo sido cualquiera Supino, que haya nacido de mujeres.

Bomba, dijo á esta sazón el hermano Bartolo, que ya es demasiada prosa, se va acabando la mesa, y todavía no hemos dicho una palabra al señor mayordomo. Alla vá á Dios y á dicha. Callaron todos, y él soltó esta disparatadísima chorrera de desatinos.

Carlo-Magno y todos los doce pares
Fueron; ¡O Anton Zotes! en tu comparanza,
Como el dedo meñique con tu panza,
Y como dos pajitas en junto á dos pajares.
No venciste al gigante Fierabras;
Pero hiciste mucho más,
Cuando por tu industria vino al mundo
Ese pozo de ciencia tan profundo,
Como la noria de mi convento,
Que tiene más de mil varas, y aun más de ciento.
Sino fuera por tí y la tia Catanla tu consorte,
No metiera Fray Gerundio tanto ruido en la córte;
La Reina, el Rey, el Papa y Cardenales,

Los Duques, los Marqueses y hasta los mismos pobres,
 Le celebran á porfia,
 Que dicen que es una batalla, una algarabía.
 Si el árbol se conoce por el fruto,
 Como dijo un teólogo llamado *Márcos Bruto*.
 El cual añadía, que aun por eso
 Las grandes camuesas indican gran camueso,
 ¿Qué árbol serás tú? ¿Qué noble tronco?
 Solo de imaginarlo, me pongo ronco.
 La fama.

Basta, hermano Bartolo, basta, le interrumpió el magistral, que ya no podía aguantar más tanto disparate, y aún había disimulado su mal humor todo lo posible, por no desazonar la función. Apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa; con el pretexto de ir á dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demás convidados, á excepcion de don Bartolomé, el padre vicario, Fray Blas, Fray Gerundio, el familiar y el donado, que se quedaron de sobre mesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION NO MÉNOS ÚTIL QUE GRACIOSA,
 QUE HUBO SOBRE COMIDA.

PERMÍTAME V. Reverendísima Fray Gerundio, que le dé mil abrazos, dijo Don Bartolomé, ahora que hemos quedado solos: rato mejor que el que V. me dió con su admirable sermón, no lo he tenido ni tendré en mi vida. Eso es predicar, que todo lo demás es hojarasca. Yo tal digo, añadió el padre vicario, si tan jóven y al principio de su carrera, comienza así, ¿qué será cuando él acabe? Yo conocí un padre predicador de cierta órden, hombre ya de canas y de provecho, que aunque predicaba á este mismo aire que el padre Fray Gerundio, no merecía descalzarle los zapatos, y con todo eso le llamaban *Espanta pueblos*: ¿pues qué será el padre Fray Gerundio cuando llegue á sus años? Seguramente que le llamarán *el Monstruo de España*, y todavía le vendrá estrecho el renombre. ¿No te lo dije ya, amigo Fray Gerundio? interrumpió á esta sazón Fray Blas, rebosando de gozo por todas sus coyunturas; si no hubieras seguido mis consejos, y te hubieras dejado llevar de la extravagancia de nuestro reverendísimo padre Caduco, ¿lograrias ahora estos aplausos?